

REFLEXIONES EN TORNO A LA TRADUCCIÓN: UNA TRAYECTORIA PERSONAL

(agradeciendo el premio recibido de la SEEA por mi traducción de *Lo que nos contó Isa ibn Hisham*, de Muhammad al-Muwaylihi)

1

Hace muchos años, cuando creía tener por delante una brillante carrera académica, trabajé con juvenil afán sobre el *Vocabulista in Arabico*, ese glosario árabe-latino que apareció misteriosamente en Italia, incierto hápax entre los tesoros del florentino Niccolò de Niccoli, bibliófilo que rivalizaba con el famoso Poggio. Rellené 12.000 fichas con otras tantas entradas, que numeré pacientemente con un numerador niquelado, prodigio de la mecánica. Pasé todo a papel, en 10 volúmenes encuadernados a canutillo: los ordenadores eran todavía lujo de unos pocos. Anoté las entradas una a una, traduciendo el árabe, los latines y las glosas; con mi flamante Olivetti electrónica mecanografié pacientemente largas listas de voces no árabes; tirando de unos conocimientos de los que carecía, glosé algunos miles de entradas, a menudo disparatadamente, pero con entusiasmo, y creciente ansiedad al ver los días, meses, años correr raudos sin que mi obra avanzase a buen ritmo, debido a mis obligaciones de *penene* matinal en la Complutense y de vespertino Maestro Ciruelo en los cursos de árabe del IHAC (¿quién se acuerda ya de esta sigla?), pluriempleo a que me obligaban los sueldos de cuaresma, uno de los cuales se interrumpía con el buen tiempo. Luego anduve unas semanas por Florencia, donde cada mañana de aquel verano del 84, en el frescor de la imponente y coqueta Biblioteca Riccardiana, me traían el compacto volumen en octava objeto de mis denuedos, ya honestamente publicado en el siglo XIX por Celestino Schiaparelli, mejor alumno del gran Amari. En un momento dado, llegué a tener una montaña de folios escritos (marca *El galgo*, pues para el papel siempre he sido un sibarita) que no sabía muy bien cómo mecanografiar ni barajar, sumido en un desamparo académico que aún hoy me estremece.

Por hacer corto el cuento, aquel trabajo de dimensiones *falstaffianas* terminó por derrotarme, por noquearme bárbaramente, para honda decepción de mi director de tesis, que, perdida toda esperanza de verlo realizado, emprendió él mismo el estudio y publicación del manuscrito. En aquel abandono, que lo fue también de la universidad, se aliaron circunstancias de todo tipo, amorosas, vitales, meteorológicas, y un gran hastío de la universidad española de entonces, con sus aulas repletas de turistas, su infinito compadreo, su jerarquía africanista y su inquebrantable vocación medieval. Más adelante, cuando tuve entre mis manos el estudio sobre ese manuscrito (seamos exactos, sobre los elementos dialectales andalusíes que contenía), el códice 217 de esa augusta biblioteca renacentista puesto en muy mejores manos que las mías, sentí un gran desaliento, y, paralelamente, la misma lástima morbosa que le asalta a uno en su paseo al dar con los restos apenas reconocibles de un roedor digerido por una boa. Tan ambiciosos e irrealistas eran mis sueños al emprender la titánica tarea, que no había entendido —tonto de mí— que mi misión era solo desbrozar malas hierbas y allanar el camino ajeno hacia más altas empresas, pero no roturar y plantar todo el jardín, llenándolo de estatuas, tarea para la que andaba muy corto de víveres. Creía entonces que para dibujar debidamente los perfiles de un habla dialectal había primero que tener una idea clara del habla culta estándar, máxime

en un mundo como el árabe, con su torturada evolución dialectal retroactiva y culposa, de cangrejo, lastrada por el mito divino, tan tiránicamente aglutinante de cosas y gentes tan dispares, y especialmente en una tierra como Al-Ándalus, arrabal dudoso, hiperbóreo y rebelde de Damasco, poblado por gentes penosamente arabizadas, de jerga incomprensible. Pero uno inventa razones para justificarse sus fracasos: excusas de mal pagador.

Ironías del destino, Schiaparelli nos ganó la mano a todos, con su buen sentido y su vetusta filología. Los altos precios que alcanzan los escasos ejemplares disponibles de su edición del códice así lo atestiguan. Mis volúmenes, primorosamente redactados a portaminas, yacen en la oscuridad del sótano, entre cachivaches, libros y electrodomésticos arrumbados, en cajas de cartón de Ikea. De aquel espejismo, en el que llegué a trazar más o menos detectivescamente el recorrido del manuscrito desde Mallorca hasta Pisa y luego Florencia, perseguido por la imponente sombra de Raimundo Lulio, no queda sino la vaga melancolía de las empresas que naufragaron, como el velero del Doctor Iluminado frente a las costas de la ciudad de la torre que no acaba de caer. Comprendí luego que yo carecía del rigor y la constancia de largo aliento que son necesarios para practicar con solvencia una disciplina —qué palabra— académica, y me consolé de haberme convertido en un modesto traductor. Como decía mi entrañable y pintoresco amigo Josep Mohedano, refiriéndose a ambos: “nosotros, los que nos quedamos por el camino... (del arabismo)”. Era optimista en exceso, porque a él hace años que la Señora lo sacó a empujones del suyo.

2

Tras el abandono de mis empleos y cuatro años de sorda miseria, atenuada por la munificencia materna, una organización internacional vino a sacarme de mi indignancia. A lo largo de veinticinco años he practicado, movido por la necesidad, y agravada ésta por una innata inclinación al *manirrotismo* vital y bibliófilo, cuando no bibliómano, la más perversa forma de la traducción: la *chain translation*, que es para el cerebro sano más o menos lo que el *chain smoking* para el esponjoso y sonrosado pulmón. Una demolición sin paliativos, en la que nuestro órgano cognitivo se ve obligado a un diario y extenuante *jumelaje* (como dicen en Navarra) de palabras con palabras, y no de palabras con objetos, operación en mitad de la cual, a veces, buscando un sinónimo, se le representan a uno inopinadamente, por ejemplo, la chacha que cantaba en el balcón de atrás de nuestro hogar familiar mientras pinzaba la ropa, la moto azul oxidada que estuvo años achatarrada tras un recodo de la carretera que lleva a la casa del pueblo, el olor recio a sotana solterona que traía la mano del cura con su vientecillo antes de impactar contra la propia mejilla, en suma, toda suerte de intrusos autoinvitados a la mesa de la traducción, aparecidos en medio del agitar de la coctelera neuronal en una dedicación antinatural, a lo largo de años, en la que la mente protesta, sometida a semejante trasteo desconsiderado. Si el tendón de Aquiles de los intérpretes, con los años, son las ausencias, el de los traductores son los blancos de la memoria. De ahí el chiste manido en nuestro gremio: “¿Te acuerdas de cuando hablábamos de corrido?” Los nombres propios son los primeros que se insubordinan, les siguen las caras de los actores y actrices, que un tiempo atrás se presentaban de taconazo con nombre y apellidos nada más ser invocadas, pero ahora enmudecen, y una neblina espesa se instala en el cerebro, de fatiga y de repetición cansina, con lo que cualquier erudición está de más, visto que las sinapsis requieren un tortuoso camino para encontrar el nombre justo, la cita, la bibliografía con pelos y señales, abocando

al ridículo de la palabra que no viene en el silencio expectante de un auditorio incómodo. Menos mal que internet va jubilandando a los eruditos, puede ser una coartada.

En la traducción documental, el traductor, azacanado por la prisa de lo banal que es consustancial a toda burocracia y por los imperativos de la productividad —que le es medida como el tanto de materia grasa exigida a la leche de la calmosa vaca—, impone a la mente una pasada rasante sobre el texto, resolutive, de vuelo ametrallador, un texto que, además, las más de las veces está pidiendo a gritos todavía más altura y velocidad: “No te pares, sigue, sigue, que yo es que tuve una semana liadísima cuando escribí todo esto”, parece que nos susurre el autor de un largo informe sobre, pongamos, la tortura en Mónaco (¿será la tortura monegasca habitar un dúplex *with partial sea view*?) o el acoso sexual entre los indios tupinambos. Es el sino del traductor documental: atacar el texto en modo de ariete, como las galeras romanas, hacer una equivalencia exacta de su contenido en la lengua materna y, sin dejar reposar el texto destino recién horneado ni un segundo, proyectarlo, de un golpe de tecla, hacia la siguiente fase de su efímera existencia virtual, olvidándolo para siempre jamás. No hay segunda mirada, lo que constituye una auténtica blasfemia en cualquier dogma traductológico. Ese destino del traductor documental es bien merecido, al fin y al cabo, porque por algo le pagan, y muy bien, en monedas *amarillas y tintineantes*, como decía Stevenson. El anonimato, el insomnio y la fatiga propia del acto reiterativo y cuasi onanista, del que solo puede obtener la queja como premio, es la penitencia impuesta a su mercenariazgo. Dios nos castiga *por do más pecado habemos*.

Quien esto escribe, cuando se le pregunta por el tenor de un texto documental que acaba de verter al castellano suele responder, medio en serio medio en broma: “No lo sé, no lo he leído; solo lo he traducido.” Tiene algo de boutade, pero como todas las boutades, encierra bastante verdad, amén de un grano de jactancia, un poco repelente. En las burocracias, el texto fuente, como parte oficiante de una liturgia desacralizada, dice lo que se quiere que diga, y se traduce para que diga lo que tiene que decir, o tenía que haber dicho. El destinatario es hipotético, —se presume que cualquiera, pues los textos se echan al mar, ahora casi sin costos, en botellas informáticas— ergo poco verosímil, y el acto de traducción, que es, o debería ser, en puridad, un acto de comunicación, se convierte en un acto de comunicación conativa, prospectiva o hipotética, y además, en un proceso mecánico, como el conducir, —que no puede pensarse sin peligro grave—, y por supuesto, monologal. Es una comunicación unívoca, como la pregonada a voces por Manolito, el amigo de Mafalda, para redención de todos los “abiertos al monólogo”. El texto se inmuniza por medio de complicadas referencias meta e intertextuales, que lo blindan para resistir una hipotética eternidad crionizada y cibernética, y se dota de rigor y coherencia inter e intratextual, ese armazón interno que lo protege de la implosión, como a los submarinos, permitiéndole una inmersión sin profundímetro en la abisal memoria institucional, dejándolo a la par inmune a la crítica traductológica. En la traducción documental, la inexistencia de demérito, como en la política, es el mayor afán. El adorno es siempre defecto y perifollo, censurable por osar romper el idiolecto. Pero con tales premisas, la traducción se mecaniza, porque el acto de comunicación, al ser presupuesto pero no consumado, tiende implacablemente a *modelizarse*, como en un laberinto de espejos, y repliega el texto sobre sí mismo, hasta dejarlo sin aire y mudo, permitiendo que

la forma avasalle al contenido. De ahí que la mecanización del proceso traductor sea el ineluctable destino de la disciplina, un destino del que no puede escapar.

La nueva generación de traductores —que poco tiene que ver con la mía, que se sitúa a medio camino entre los primates de la traducción documental y las nuevas generaciones salidas de las Facultades de Traducción, y en la cual, quienes la componemos hemos sido material de aluvión, calcetines desparejados, escupidos a las playas de esta profesión como náufragos de particulares riadas existenciales—, ha crecido ufana, y bastante jactanciosa, como es propio de quienes creen haber transformado una ocupación eminentemente literaria y letrística en una ciencia rigurosa, como el álgebra. Entretenida con sus nuevas herramientas, con el rigor como mandamiento supremo, dogma que justificaría incluso una *yihad* como la que pretenden algunos árabes hispanófonos, no ha sido consciente de estar innovando cansinamente a la sombra de un poderoso volcán a punto de entrar en erupción: la traducción cibernética, que ya está echando lava incandescente, tras años de petardeos amenazadores. Hasta qué punto la lingüística (especialmente la generativa, esa enajenación maoísta de la filología, por cuyos desmanes, por cierto, nadie ha pedido disculpas todavía), en turbio contubernio con la informática, ha tenido que ver con el ocaso de una disciplina que fue siempre esencialmente humanística como la traducción, es complicado de columbrar. Lo que está claro es que nos hallamos, como me atreví a sugerir en un coloquio sobre traducción jurídica, de los organizados desde hace años en Salamanca bajo los auspicios del profesor Baigorri, en un momento grave, en el que el peligro que se cierne sobre la traducción es que el texto tenga, por defecto, la calidad que decidan las máquinas, y que esa calidad se imponga al contenido, como se imponen las formas abreviadas de la ortografía en la escritura *listotelefónica*. Si el medio ya quería ser el mensaje en la época ya lejana de McLuhan, ¿qué no querrá ser el medio informático, omnipresente y autoritario, en una época en que los ordenadores han pasado a ser terminales de un Gran Hermano orwelliano difuso, omnívoro, global? El lenguaje, que es tan perverso como pueden serlo los hombres, ya ha inventado un eufemismo: *qualité utile*. Hablando en plata, calidad de ordenador. Pero la traducción informática, al contrario que la humana, es estática (cuando es de base estadística) y no evoluciona, o, de no serlo, cuando es dinámica (de base algorítmica), deviene peligrosamente imprevisible, y esa benigna imprevisibilidad es susceptible de desbocarse al ser llevada a escala. En una verdadera traducción, la intervención humana directa es fundamental, porque solo lo humano da pistas sobre la humanidad del mensaje y, por ende, del emisor, y es capaz de suscitar interés y suspense, de tocar la fibra viva. Además, solo lo humano evoluciona, desechando lo erróneo y lo caduco, y creando una nueva relación entre las palabras, más cercana, actual y exacta. El cerebro tiene razones que la mente no extiende. Por eso, la expresión *inteligencia artificial* ha sido progresivamente arrumbada, siendo cosa de los primeros tiempos —la edad inocente— de la informática: demasiado transparente para ser eufemística. En la época de los algoritmos, la inteligencia ya no consiente en ser artificial. “¿Artificial yo? ¡Os vais a enterar!”

No quiere todo esto decir que a menudo la traducción documental no dé grandes alegrías, fugaces momentos de plenitud, ¡muy al contrario! Cuando la fe en el acto de comunicación late en el texto, o cuando los párrafos traslucen el deseo del autor de llegar al otro, de romper la barrera del silencio, o cuando se palpa una certidumbre de que al otro lado del texto hay alguien de carne y hueso, que va a prestar atención y que seguramente

reconsiderará sus actos en virtud de lo leído, ese día el traductor sale contento de su oficina, saltando jocundo sobre los *homeless* que duermen sobre las vaporosas rejillas del metro en la Primera Avenida.

A lo largo de mi carrera de traductor he tenido la oportunidad de vérmelas en muchos actos genuinos de traducción: los disparatados discursos de Saddam Hussein, bajo los que latía la ignorada u olvidada verdad de la tribu; los soliloquios enajenados de Gadafi, en los que el coronel podía decir grandes verdades disfrazadas de farfulles de orate, o renunciar a sus armas de destrucción en masa con olímpico desprecio, ante la expectante ansiedad del Consejo de Seguridad; las cartas repletas de frías cifras sobre las víctimas del criminal embargo al Iraq, ya olvidado; las advertencias de Siria, hechas tristemente realidad, sobre la marejada de fanatismo que bañaría las playas de Europa tras las insensatas aventuras bélicas occidentales; las humildes protestas de los individuos zarandeados por gobiernos tiránicos; los esfuerzos sinceros de algunos países por mejorar sus leyes; la justa protesta de un régimen inicuo, que el traductor, en un alarde de profesionalidad, debe verter con esmero, imbuido de santa indignación y también de oscura culpa. La oportunidad también de compartir ascensor con criminales de guerra y barruntar la clase de basura obscena que puede ser el mundo.

Pero las satisfacciones duran poco, sobre todo en casa del pobre (traductor). Se impone la letargia, el desánimo y la apostasía, cuando no la amnesia. Las botellas no vuelven, ni siquiera con su mensaje intacto. Los lectores han desertado en masa, aturdidos por la desmesura. Pero hay mucha grandeza en un voto de fidelidad a un mensaje sin eco, y eso es algo, sin duda, respetable y admirable, como la sagrada vigilancia del teniente Drago en su espera de unos tártaros inexistentes. El desánimo sobre la utilidad del esfuerzo hace mella, como el oleaje embravecido del mar sobre las (falsamente) impasibles rocas. Y la traducción automática, siendo un alivio, embota y aturde, lleva por una vereda trillada de la que es difícil salirse, gana por la mano, con su constancia binaria e infatigable, a la tensión intelectual de cualquier traductor avezado y humano. Y lo pone en la mejor disposición a la pereza mental, incapacitando para la verdadera traducción de siempre, que no es sino pirueta —acrobática, en el caso del árabe—, concentración y esfuerzo aparejador. Así es como el traductor está siendo degradado a la categoría vagamente subalterna de *post editor*. Como bien sentenció un filósofo griego, un epicúreo no se hace estoico, por la misma razón por la que de un capón nunca podremos hacer un gallo.

3

Así las cosas, para luchar con el desánimo y hacer honor a mi antigua vocación, he practicado modesta e intermitentemente la traducción literaria —como aperitivo, más que de postre las más veces, de mi empleo alimenticio, porque la traducción en cadena no deja el estómago templado para resopones, ni siquiera de gran literatura—, con la ilusión, como ya dije, de resarcirme de un ejercicio abnegado de fidelidad estajanovista, letal y obligatoria. ¡Ah!, la traducción literaria, ¡eso es harina de otro costal! ¡Felicidad, paradójica cuando tras un día de trabajo se ha logrado traducir un mísero puñado de versos! Largos buceos en diccionarios, de aquellos recopilados en tiempos en que todavía se elaboraban y se bebía de las fuentes; parones de jumento español, por el desánimo ante un pasaje insobornable; amaneceres de café y temblores ante el esfuerzo mental de una actividad susceptible de

producir lástima, por su magro retorno; resultados mediocres, impreso el volumen, una vez disuelta la euforia del hallazgo y la sublimación. La traducción literaria es una lectura profunda del texto, pero en el caso del árabe suele ser una primera lectura, donde harían falta tres docenas, con lo que ello tiene de peligro.

La traducción literaria difiere, como la noche del día, de la traducción documental: en un documento, cuando el traductor no se aclara, el problema está impenitentemente en el documento. Cuando en un texto literario, clásico o moderno, el traductor no entiende, casi siempre el problema está en su cabeza. Y, sin embargo, esa certeza es de gran ayuda: al menos uno sabe a qué atenerse. Al texto documental el traductor se acerca arremangándose, cual técnico ante una lavadora rebelde; al texto literario se aproxima acojonado, escorzando, cual torero de plata que reza por que el respetable no detecte la impostura de su carrera descariada. Roger Allen dijo que una traducción está acabada cuando el traductor se da por vencido, y es una gran frase. ¡Conocimiento insuficiente de la lengua!, hubiera decretado Al-Yahiz, que no creyó en el bilingüismo, pese a considerarlo obligatorio en la profesión. Si en la traducción notarial o documental la fidelidad al texto y la coherencia intertextual son la clave de bóveda del resultado, en la traducción literaria lo son la equivalencia, la analogía (el famoso *qiya*s) y el *tarab* (¿el duende? ¿la chispa de plenitud?). Conmigo, por mucho que me critiquen a Cansinos Assens, no hay manera: abro su *Crimen y castigo* o sus *Mil y una noches* y me digo: “¡Qué bien suena!” Porque en su traducción late un instinto emulador, que trata de contar la historia como si Dostoievski o el anónimo recopilador fueran españoles (o colombianos) y llevaran puesto todo el pesado gabán de nuestra cultura, que es como una piel de hojas perennes. ¿Cómo dar con una traducción que, sin ser una correspondencia exacta, literal, represente ante el lector lo que el autor quería hacerle entrever? Ahí radica la dificultad, a veces insalvable. En el caso del árabe, sólo la sinonimia ayuda, salva *in extremis*, frente a la inexistencia de voces equivalentes en número suficiente para plantar cara a una exuberancia léxica como la árabe, tan concentrada en unos cientos de lexemas. Ahí también es donde los traductólogos se llevan las manos a la cabeza, espantados, y sentencian con el dedo tembloroso: *iBelle infidèle!* ¡Anatema! Pero lo traducido es otro libro, otra obra, porque la traducción es imposible, como ya bien entendió Al-Yahiz, ya que el bilingüismo perfecto solo se da en un número escaso de individuos, censables con los dedos de la mano. El bilingüe corriente, empujado hasta los confines de lo expresable, acaba por caer de un lado. Y la traducción perfecta no sirve para nada, porque los lectores de uno y otro idioma son distintos, y habría que uniformarlos.

Algunas de mis traducciones cosas están publicadas (entre ellas el libro por el que se me da este premio), gracias a Jesús Munárriz, editor de Hiperión, con el que siempre estaré en deuda por la benévola bienvenida que me brindó cuando aparecí por su editorial con un original algo lastimoso, a Luismi Pérez Cañada, que me abrió las puertas de su casa y de la biblioteca de clásicos árabes, y a Jorge Lirola, que me asignó algunas fichas enjundiosas en la Biblioteca de Al-Andalus. Mucho está en papel, inédito o impublicable sin gran trabajo previo, y buena parte en mi imaginación fantástica: Antologías imposibles de Ibn Bassam y su *Dhajira*; una selección del *Kitab al-Aghani* que sea algo menos pureta que la de Berque; páginas bilingües de Al-Tanuji y su divertido *Al-faray ba'd ash-shedda* o, por qué no, también del *Nishwar al muhadara*; un librito con los mejores poemas espigados por Al-Suli

en su *Kitab al-awraq*; quizás una necesaria versión, fidelísima, del *Kitab al-ta'rifat* de Al-Yuryani; una antología de los más anonadantes versazos de Al-Mutanabbi, o incluso, más allá del árabe, una versión del delicioso *Mejdu arabskimi rukopisami* (Entre manuscritos árabes), de I. Kratchkovsky, o de *Travels in Arabia Deserta*, de Doughty, titánica empresa. Trabajo ahora en una versión de *Ajbar Abi Tammam*, de Al-Suli, para la colección de clásicos árabes auspiciada por Luismi Pérez Cañada, y en un capítulo del *Mugrib*, que ha puesto en mis manos generosamente Jorge Lirola. Pienso que la traducción de Al-Suli puede ser un abrir de boca para una biografía/antología literaria de Abu Tammam, pero es éste *impegnio* de mucho fuste para una edad imprevisible. Son proyectos, alguno de los cuales quizás llegue a ser algo (*Ne quaereris, scire nefas...*), y la mayoría quedarán en buenas intenciones, como las que ensuelan el camino que lleva al crematorio, esa versión tan .2 y prosaica del obsoleto Hades. La vida es breve para todo en general, pero sólo un segundo si se sopesan las dimensiones continentales de la gran literatura árabe.

La abnegación y el entusiasmo del pintor de brocha gorda que por las noches pinta a caballete no deja de tener algo entre heroico y patético. Por otro lado, la edad va haciendo mella, el deseo de pasear se impone a la tiranía de la silla y el ordenador, —esa superstición intelectual de que el cuerpo es, y debe ser, un cuatro de huesos—, el sopor se enseñorea, y las altas cimas se convierten en bellas postales después de haber sido anhelo de vívidas expediciones y épicas escaladas. A veces, saco y hojeo mi hermosa edición en dos tomos de las *Maqamat* de Al-Hariri, impresas en papel salmón y salvajemente glosadas por el Jerezano, y me digo que no habría tiempo en varias vidas para verter unas y otras a un castellano elegante y fidedigno. Y, sin embargo, ¡cuánto se podría saber sobre nuestro Al-Ándalus en esas glosas llenas de minúscula tipografía!

4

He aquí, sin embargo, que cuando había perdido cualquier esperanza de retomar mi vocación intelectual, alejado física y anímicamente de España, la buena fortuna vino a cruzarse en mi camino, en forma de dos instituciones clave para el arabismo español de nueva hornada: la Escuela de Traductores de Toledo y la Fundación Ibn Tufayl. Los sucesivos directores de la ETT, pero especialmente Luismi Pérez Cañada, resucitaron mi confianza en la nueva actividad académica, me agasajaron en mis idas a Toledo y me obsequiaron con innumerables publicaciones y traducciones, encomendándome un curso sobre traducción documental del árabe en las Naciones Unidas, que tuvo alguna afluencia y a los que luego ha dado brillante continuidad Manuel Fera. Jorge Lirola, desde su Fundación, me hizo partícipe modesto de algunos de sus grandes proyectos. Así pude reencontrar el gusto por la traducción literaria y reconsiderar mi deserción, replanteándome la obligación que impone el haber invertido unos años en el aprendizaje del árabe de contribuir a dar a conocer, primero a uno mismo y luego al prójimo, esta gran cultura, y especialmente su inmensa literatura, enorme iceberg del que solo asoman breves puntas. También pude ser consciente, con cierto dolor, de que, por las circunstancias en que se desarrolló mi aprendizaje del árabe y por los condicionantes de la universidad española del momento, mi conocimiento de esa lengua siempre sería deficiente, por haber entrado en ella, siendo como es eminentemente oral, por la gatera de la letra escrita. Una nueva generación de arabistas ha surgido desde entonces, alumnos que no han tenido que cursar una asignatura denominada “árabe hablado” (en la que, por cierto, el profesor, afamado

lirico, solo apareció el primer día). Ahora los lectores nativos abundan, en internet está todo, y las ocasiones de disfrutar de largas estancias en países árabes, al menos hasta el estallido de las primaveras árabes, son incontables. Se empiezan a dar las condiciones para un conocimiento más interiorizado de esta lengua, por más que, no nos engañemos, el árabe siempre será para el forastero un algo megalítico, que, con su desconcertante koiné difusa, su complejidad fonética y la reticencia del arabófono (por esas oscuras razones tan bien perfiladas por el gran Abdelfattah Kilito —al que habría que pasear por el mundo, colmándolo de doctorados— en el ensayo que da nombre a la recopilación *Lan tatakallama lugati*) a dejarse interpelar impunemente en su lengua, hace que la experiencia de la interacción en árabe no sea comparable, bajo ningún concepto, a la de ninguna otra lengua. Una gran barrera inicial se alza entre los arabófonos y los *musta'rabin/mustashriqin*. Una vez superada, las cosas pueden ser incluso fáciles. Pero la barrera, de desconfianza, de alteridad, de “no hables mi lengua, que es divina”, y de siglos de incompreensión, de cruzada (antaño fue la cruz, ahora la democracia: tanto da) y desdén mutuo, sigue ahí por el momento. Y la insensata política de la megapotencia y sus satélites desde la fractura de la URSS no ha venido a ayudar. Ciertos países árabes son poco más que gratuitos polígonos de tiro para algunos líderes mundiales (sin excluir alguno árabe), y no es de esperar precisamente benevolencia o calurosa bienvenida de quienes llevan treinta años ya poniendo muertos.

5

La obra, casi única, de Muhammad al-Muwaylihi, *Hadiz Isa ibn Hisham*, es tan inclasificable como el personaje que la escribió. Un solterón bastante sabio, retraído, reflexivo, pudibundo, degustador de Al-Maarri y de Mutanabbi, de una religiosidad tan dudosa como la de estos dos titanes de la literatura árabe, viajero renuente, por imperativo paterno, funcionario soñador y gandute, condenado a muerte e indultado, recluido en su casa de Helwan hasta la muerte, en un autoexilio orgulloso, olvidado por fin, hasta su resurrección tardía, en tierras cristianas, por Roger Allen. Como todas las grandes obras, tiene la facultad de ser mirada y de mostrar a cada vez, como esas estampas que dejan entrever una imagen diferente según se mueven a derecha e izquierda. Su tremenda actualidad, en algunos pasajes, me ha dejado impresionado. Qué poco ha cambiado el mundo. Y qué similares somos los humanos, en el fondo.

Su obra es complicada, porque late en ella una voluntad de escribir un árabe elevado, que no desmerezca de los fragmentos y citas que se intercalan en el texto. Algunos — bastantes— flecos han quedado sueltos, y será preciso revisarlos y recoserlos en su momento, si el tiempo lo permite. Será en línea porque, desgraciadamente, las segundas ediciones son complicadas en España, máxime de obras minoritarias, porque hay que apilonar los sobrantes de tirada, y ése es el responso que precede a la muerte en catálogo. Recomendando, obviamente, la lectura en el idioma original, si se sabe. La segunda edición anda en internet, en pdf, pero no incluye el segundo viaje; existe otra edición, también en internet, de la Mu'asasat al-Hindawi. Sigue haciendo falta una edición definitiva, en Dar al-Maarif o similares. Mi traducción solo trata de llegar al lector no arabófono. O a aquel para que el árabe sea solo una herramienta. El viajero que vaya a El Cairo —verdadero protagonista de la obra— podrá con su lectura hacerse una idea de la vida y el pasado que

encierra una ciudad semejante, que me impresionó mucho más que Nueva York la primera vez que la visité.

6

El redescubrimiento de Córdoba, tras cuarenta años de ausencia (excepción hecha de una breve visita en familia) ha sido otra grata sorpresa. Mi primer viaje no acompañado, a mis 14 años, fue a esa ciudad con motivo de un concurso juvenil organizado por el Movimiento, en ese breve interregno que va de la voladura de Carrero a la muerte de Franco. Allí, tras un interminable viaje en expreso nocturno desde Zaragoza, presenté, sin ningún eco, un trabajo sobre las huellas de la mano paleolíticas. Era una Córdoba de pensiones bulliciosas y heladas, de pobreza escocada, de patios y flores, entre cierta algarabía de arrabal perpetuo. Ahora es una ciudad bien apetecible, moderna, cómoda, a la que uno se mudaría a gusto, con enseres y bagajes.

La SEEA, con sus 25 años de historia, me ha venido sorprendiendo desde que recibos sus correos y avisos: una institución abierta, con un presidente felizmente bilingüe, impulsada por el dinamismo y la solidez científica de Jorge Lirola, la alegre sabiduría de Carmen Ruiz y el apoyo de otros insignes profesores, abierta al mundo sajón y al arabismo europeo y norteamericano. Ojalá que su trayectoria y su influencia no hagan más que crecer y contribuyan a hacer del arabismo español una disciplina diversa e incluyente, digna de una cultura ibérica que, durante buena parte de su largo devenir, fue árabe por los cuatro costados. Desde mi más humilde condición de modesto traductor y admirador de la literatura árabe, no puedo sino dar las gracias de corazón por este premio, quizás innmerecido.

Ginebra, 7 de abril de 2019